

LA GUERRA DE SUCESION Y LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

por Sir CHARLES PETRIE (1)

Presidente de la Sociedad de Historia Militar de Irlanda

Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Historia Española

La forma de estudiar la Guerra de Sucesión en los últimos años, es perjudicial para su comprensión, en contraste con el sistema seguido con la Guerra de Independencia; se ha tendido a hacerlo aisladamente y no desde un punto de vista general y comparativo con otros conflictos armados. Los historiadores han discutido, ciertamente, hasta en sus más nimios detalles, las campañas de Marlborough y Eugenio, la diplomacia de Luis XIV o las intrigas de la Princesa de los Ursinos, las negociaciones que condujeron a los tratados de Utrecht, Rastadt y Baden, mientras descuidaron la acción recíproca de guerra y diplomacia en la misma amplia escala. Sobre todo, los contrastes entre las campañas de las dos guerras en España y Portugal apenas se han estudiado en modo alguno. Además, en todos los países ha existido cierta tendencia a considerar la Guerra de Sucesión desde un punto de vista exclusivamente nacional, y los eruditos de España, Francia e Inglaterra han enfocado su atención demasiado a menudo sobre aquellas actividades en las que sus compatriotas desempeñaron un papel destacado. De este modo, se ha perdido la visión de conjunto tal como debió aparecer a los contemporáneos, y en consecuencia, se ha engendrado algunas veces en las mentes de la posteridad una idea ligeramente falseada, ignorándose así importantes lecciones.

(1) El original de este artículo, expresamente escrito para esta Revista, se escribió en inglés. La versión española ha sido hecha por el Coronel de Artillería don Luis Martínez Mateo, del Servicio Histórico Militar.

Es bastante curioso el que sólo la Guerra de Sucesión se haya abordado de tal modo, porque no ha sido éste el trato dado a guerras anteriores y posteriores de la misma magnitud. Por ejemplo, generalmente nos hacemos cargo, en la actualidad, del gravamen impuesto sobre los recursos de España en los siglos XVI y XVII, debido al hecho de tener tantos compromisos simultáneos, lo mismo en el Viejo que en el Nuevo Mundo; y se comprende la amenaza turca en el Mediterráneo en relación con las campañas en los Países Bajos. También la Guerra de los Treinta Años es considerada invariablemente como un todo. Parecidamente en el caso de la Guerra de Independencia, la relación, por ejemplo, entre las actividades de Wellington en España y la invasión francesa de Rusia recibe siempre en la actualidad su debida importancia. En modo alguno se ha adoptado ese punto de vista con respecto a la Guerra de Sucesión, cuya importancia puede apreciarse mejor al compararla y contrastarla con la Guerra de Independencia, especialmente teniendo en cuenta la poca variación habida en el arte de la guerra entre los dos conflictos.

En primer lugar convendrá echar una ojeada a las relaciones que existieron entre el Alto Mando y el Gobierno de cada una de las naciones interesadas, aunque por razones de espacio este estudio deba limitarse a lo que se denominó las Dos Coronas, esto es, España y Francia, de una parte, y Gran Bretaña de la otra. A estos fines puede prescindirse de los holandeses, en parte porque a medida que la guerra progresaba desempeñaban en ella un papel cuya importancia disminuía constantemente, y en parte, porque sus fuerzas en España estuvieron bajo el mando de generales británicos. Y por lo que hace a los ejércitos del Archiduque Carlos, como éste estaba en España, no se hallaron sujetos al lejano control de Viena, y en todo caso no había con él muchas tropas auténticamente austríacas.

La autoridad suprema por parte de las Dos Coronas era Luis XIV, entonces en Versalles. Su carácter y calidad de estadista han sido objeto de mucha discusión durante los dos pasados siglos, y es difícil resistir a la conclusión de que ha sido tan menospreciado desde su muerte como fué adulado durante su vida; tampoco debe olvidarse el elogio de Lord Acton, el gran historiador católico inglés, de que Luis «fué con mucho, el hombre más hábil nacido en las gradas de un trono en los tiempos modernos». Su actitud respecto a sus generales es aleccionadora. Las razones por las que los civiles, ya sean monarcas absolutos o políticos democráticos, son influidos en sus

designaciones de personas para los cargos militares, nunca son comprendidas fácilmente, ni aún por los contemporáneos, y retrospectivamente son a menudo extremadamente difíciles de captar. Luis XIV no fué una excepción, particularmente en sus últimos años. Después de la muerte de Condé, de Turena y de Luxemburgo, so'amente tenía dos generales de primera fila, a saber: Berwick y Villars, y raramente los empleaba donde más se necesitaba. La verdad parecería ser que Luis tenía dos debilidades a este respecto. Una era su deseo de mantener el prestigio de la familia real a toda costa, y en más de una ocasión esta debilidad prevalecía ante otras consideraciones; y la segunda fué una excesiva parcialidad hacia los viejos amigos, la que, como ocurre con la mayoría de las gentes, aumenta con el paso de los años. Un notable ejemplo de esta debilidad tuvo lugar después de Almansa. La batalla había sido decisiva, por cuya razón podía dejarse al Duque de Orleáns con seguridad en España para gozar del prestigio de los esfuerzos de Berwick. Igualmente era improbable que hubiese allí laureles frescos que ganar, porque aunque Luis era diligente en abrazar la gloria de la Casa de Borbón, no deseaba que recayese demasiado prestigio sobre su rama de Orleáns, por lo que su actitud hacia su sobrino fué muy parecida a la que iba a ser un siglo después la de su descendiente Luis XVIII, hacia el Duque de Orleáns, el futuro monarca Luis Felipe. Similares consideraciones familiares rigieron la política del Rey en relación con el mando en los Países Bajos. En teoría, los Países Bajos españoles continuaron subsistiendo durante toda la guerra, y aún después que la Corona de España hubo perdido sus dominios hereditarios como resultado de la batalla de Blenheim, el Elector de Baviera fué nombrado gobernador de los mismos. Sin embargo, en la primavera de 1708, el nieto de Luis, Duque de Borgoña, pidió nuevamente un mando en campaña, que le fué concedido en unión de Vendôme, y el Elector de Baviera fué trasladado a otro frente.

Debe ser tenido en cuenta también que Luis era muy susceptible a la adulación, defecto que se acentuó con los años, hasta que los desastres de la Guerra de Sucesión le volvieron a la realidad. Era inclinado a creer que el éxito de sus ministros y generales se debía a su propia inspiración, y la consecuencia lógica de esto fué el empleo al final de su reinado de hombres de segunda fila, lo mismo en la Cámara del Consejo que en campaña; después de todo, si el Rey era la fuerza motriz del Estado, la capacidad de sus instrumentos tenía poca importancia. Esta forma de razonar iba a costarle caro

a Francia. De haber sido Luis más joven y apto para entrar en campaña personalmente, como lo había hecho en sus años mozos, estas debilidades pudieran no haber sido de gran importancia, porque habrían sido corregidas por su amplia experiencia y conocimiento de la guerra; pero cuando, como su bisabuelo Felipe II, trató de dirigir las campañas, aun en detalle, desde lejos, la iniciativa de sus generales se vió a menudo gravemente menoscabada.

A este respecto la actitud de Luis puede parangonarse con la de Napoleón en la Guerra de Independencia. El Emperador insistió en dirigir las operaciones francesas personalmente, y se negó a permitir la más mínima libertad de acción a sus generales en campaña. Esto era, como se ha demostrado, muy perjudicial en el caso de Luis, pero de todos modos, él permanecía en Versalles y la guerra no se llevaba a cabo muy lejos; pero con Napoleón, que tan a menudo estaba en movimiento, la situación era intolerable, hasta el punto que, al final, daba las más detalladas instrucciones para la campaña en España desde aldeas en Polonia y, por último, desde el mismo Moscú. En consecuencia, aquellas instrucciones tardaban semanas en llegar, y cuando lo hacían se habían hecho viejas irremediablemente, pero sin embargo tenían que ser obedecidas al pie de la letra. Al mismo tiempo, los mariscales disputaban entre sí enérgicamente, y hacían poco o ningún caso de las órdenes procedentes del Rey José en Madrid. Por lo demás, los mariscales de Luis XIV estaban muy a la par con los del Primer Imperio, aunque Napoleón nunca envió a España un general de la categoría del Duque de Berwick; por otra parte, durante toda la Guerra de Independencia, ningún general francés mostró la incompetencia que Tallard y Marsin desplegaron en Blenheim.

En la Guerra de Sucesión las dificultades del Alto Mando español fueron acrecentadas por el hecho de que aquél estaba haciendo una guerra civil además de rechazar una invasión extranjera. Es cierto que, en el orden natural de los acontecimientos, se hizo evidente que el apoyo al Archiduque Carlos estaba limitado a Aragón, Cataluña y Valencia, pero por lo que respecta a individualidades influyentes, no era fácil decir dónde radicaban sus verdaderas simpatías, especialmente en vista de la fluctuante suerte de la guerra. En relación con esto, es típico el caso del Cardenal Portocarrero. Probablemente hizo más que nadie para colocar en el trono a Felipe V, y sin embargo cuando Galway y Das Minas entraron en Madrid, en junio de 1706, el Cardenal se les unió. Además, fué a su diócesis de Toledo

e iluminó su palacio en honor del Archiduque; mientras tanto se reconciliaba con la Reina viuda, de cuya salida de Madrid había sido el instrumento.

Nunca se ha concedido suficiente crédito a las dificultades de las autoridades españolas en este período. España había sido regida por los Habsburgos durante cerca de dos siglos, y era natural que la Casa de Austria tuviera todavía muchos amigos. Quiénes y cuántos eran, resultaba imposible decirlo hasta que la causa de las Dos Coronas tropezase con dificultades, pero entretanto no era fácil saber en quién confiar. Existía el resentimiento de todos los españoles hacia cualquier cosa que pareciera implicar dominación francesa. Este sentimiento, aunque comprensible, resultó un considerable obstáculo para Berwick y sus subordinados en su esfuerzo por modernizar la máquina militar española. Como si estas complicaciones no bastaran, existían agudas diferencias de opinión entre los mismos consejeros franceses de Felipe.

A la vista de estas debilidades por parte de las Dos Coronas no es fácil comprender a primera vista cómo los ejércitos de Luis y Felipe no sufrieron un desastre irremediable en las primeras jornadas de la guerra; sin embargo, si se consideran las dificultades del Alto Mando en el otro lado, se pone de manifiesto que aquél, también estaba sujeto a obstáculos igualmente serios.

Si a Marlborough no se le hacía sufrir, desde Londres, el tipo de mando arbitrario que caracterizaba las relaciones de los mariscales franceses con Versalles, su poder, sin embargo, descansaba a la larga sobre cimientos muy inseguros, porque dependía del equilibrio de los partidos en el Parlamento británico. Mientras los conservadores permaneciesen en el poder, y su terrible y desagradable esposa dominase a la Reina Ana, podía en cierto modo hacer su gusto, pero era demasiado perspicaz para no darse cuenta de que tal estado de cosas no podría prolongarse de manera indefinida. Esta es probablemente la explicación de sus proposiciones a Berwick en el otoño de 1708, cuando le proponía la paz, a espaldas no solamente de sus aliados sino también de su propio Gobierno. Quería que la guerra terminase en el momento que su prestigio estaba todavía en su apogeo, lo mismo en su país que en el extranjero. No podía esperar que los generales franceses pusieran de manifiesto en otra campaña la torpeza que había caracterizado a Borgogna y Vendôme en la que ahora tocaba a su fin, y en Inglaterra la oposición al Gobierno estaba empezando a ganar terreno. Su estrella no podía lucir a mayor altura

ya, y pudo haber tenido el presentimiento de que estaba destinada a apagarse pronto. Si ésta iba a ser su paz churchilliana, ahora era la ocasión.

Nada resultó de sus proposiciones, pero durante todo el conflicto Marlborough tuvo que mantener su atención fija en la escena política en Londres, tan estrechamente como sobre el enemigo que tenía enfrente. Estaba así sujeto a dificultades tan desconcertantes como el control lejano ejercido sobre los generales franceses, o la incertidumbre del Alto Mando español sobre en quien debía confiar. En este aspecto la posición de Wellington en la Guerra de Independencia fué más afortunada, pues constituyó una suerte para él que el Conde de Liverpool fuera, primero, Ministro de la Guerra, y, después, desde 1812 en adelante, Primer Ministro. Ningún comandante en jefe en campaña recibió nunca de un ministro en su país un apoyo más leal y consistente que el que recibió Wellington de él, aunque debe confesarse que este apoyo no siempre fué apreciado por el que lo recibía.

El hecho de que la Guerra de Sucesión se hiciera entre dos grupos de aliados, debe tenerse presente por cualquier opinión relacionada con el modo de dirigirla. Es cierto que las potencias componentes de las dos alianzas deferían en sus posiciones relativas. Luis XIV, por ejemplo, disfrutaba de mucha más autoridad con respecto a España y Baviera, que el Emperador o Marlborough en el otro campo, pero el mero hecho de que los ejércitos en ambos lados fueran mixtos embarazaban a quienes los mandaban hasta cierto punto. Cuando, por ejemplo, se rindió Cuenca a las fuerzas de las Dos Coronas, el 9 de octubre de 1706, la guarnición estaba compuesta por cinco regimientos, a saber, alemanes, napolitanos, holandeses, portugueses y españoles; lo que es un testimonio elocuente de la heterogeneidad de las fuerzas que seguían a los Habsburgos. En Almanza, al año siguiente, Berwick tenía frente a él, británicos, holandeses, hugonotes y portugueses, mientras que en sus propias filas, además de los españoles y franceses, había dos regimientos de expatriados irlandeses. Por consiguiente, cualquier consideración sobre las campañas de la Guerra de Sucesión, ha de tener en cuenta la observación del general francés Sarrail después de la Primera Guerra Mundial: «Como sé lo que son las coaliciones, he perdido un tanto mi respeto a Napoleón».

Es cierto que Luis XIV no dudaba en ejercer presión sobre su nieto en Madrid; un solo ejemplo bastará para probarlo. Cuando

en la primavera de 1714, Felipe V se encontró con que no podía someter a Barcelona con sus propios recursos y sin ayuda, pidió auxilio francés, que le fué negado hasta que llegó a un acuerdo con los holandeses. «Te digo—escribía el Rey de Francia—que no te daré nueva ayuda para someter a Barcelona hasta que no hayas firmado esta paz. Me apena el verme obligado a tomar esta determinación, pero puedes cambiarla cuando quieras; porque tan pronto como hayas concluído el tratado con Holanda, mis tropas, que todavía estoy concentrando en el Rosellón, estarán a tu disposición». Sin embargo, Felipe no cedió hasta tres meses más tarde, y los catalanes utilizaron plenamente este respiro inesperado para mejorar sus defensas. La pérdida de estos preciosos meses hicieron la misión de Berwick mucho más difícil de lo que hubiera sido de otro modo, y el precio tuvo que ser pagado en vidas españolas y francesas.

Y por lo que hace a Marlborough no podía en modo alguno contar con sus aliados cuando más necesitaba su apoyo. Su nombramiento para el mando supremo en los Países Bajos no había carecido de oposición, y por lo tanto su autoridad no era indiscutible en modo alguno. En estas circunstancias, su temperamento ecuaníme le fué de un valor inapreciable. «Siempre estaba tranquilo—escribía lord Chesterfield—y nadie observó nunca la más ligera variación en su semblante; podía negar con más facilidad que otros concedían; y aquellos que se separaban de él descontentos en lo que afectaba a sus asuntos, quedaban, sin embargo, encantados por sus maneras, por así decirlo, confortados por ellas». Se necesitaba especialmente esta ecuanimidad en sus tratos con los Comisarios de Campaña holandeses, una entidad de civiles inexpertos, de los cuales le era necesario obtener aprobación de sus planes. Wellington tenía mucha razón cuando decía de su predecesor: «Tuvo mayores dificultades que yo con sus aliados». Una y otra vez negaban estos holandeses a Marlborough la autorización para llevar a la práctica algún plan estratégico, porque ello podía exponer ésta o aquella ciudad holandesa, e insistían en que el asunto debía someterse a los Estados Generales, que normalmente se podía contar con que se mostrarían conformes. Sin embargo, el comandante en jefe británico fué tan diplomático, que uno de estos Comisarios de Campaña se vió forzado a admitir que «su trato es muy cortés, y mientras su elegante y agraciado continente predispone a todos en su favor, a primera vista, sus perfectos modales y su gentileza desarmen hasta a quienes se hallaban animados de prejuicios o resentimientos contra él».

Pocos españoles o portugueses hubieran escrito de Wellington en estos términos, y a este respecto se le compara desfavorablemente con Marlboroug, porque sus relaciones con sus aliados estuvieron señaladas por una serie de crisis, mientras que sus cartas a la madre patria estaban llenas de quejas por las deficiencias alegadas por aquéllos. Había ocasiones, sin embargo, en las que hasta la paciencia de Marlborough se acababa, y en una ocasión en la que estaba extraordinariamente desesperado, escribió a Godolphin: «Voy al sitio de Limburgo: así creo que estaré quince días separado del ejército y en esos días espero recobrar mi salud; porque la irrazonable oposición que he encontrado ha acalorado mi sangre de tal modo, que estoy casi loco de dolor de cabeza». Es cierto que después de su larga serie de victorias, Marlborough tenía menos dificultades con los holandeses, pero para entonces su posición en su propio país se estaba debilitando.

En cierto aspecto existió una gran diferencia entre la Guerra de Sucesión y la de Independencia, y esa diferencia radicaba en el poder naval que desempeñó un importante papel en el último de los citados conflictos y, ciertamente muy pequeño en el primero. El francés de los últimos años de Luis XIV era esencialmente terrestre, y aún cuando obtuviera una victoria naval no sabía aprovecharla, como se había demostrado en los últimos años del siglo anterior. Uno de los destacados almirantes de Francia era el Marqués de Chateaurenard, y no sorprende que se le encontrase en falta en Vigo en 1702, cuando se recuerda que doce años antes había permitido dócilmente a Guillermo de Orange pasar hacia Irlanda, a pesar de la victoria francesa sobre los ingleses en Bantry Bay. Lo mismo ocurrió después de la batalla de Beachy Head. No se utilizó el dominio del Canal, que esa batalla puso en manos francesas, y a su debido tiempo siguió la aplastante derrota de La Hogue. Por lo que al mar se refería, las Dos Coronas permitían que la iniciativa quedase en manos de sus enemigos.

Los británicos, por su parte, no se aprovecharon realmente de sus oportunidades navales. Sir Cloudesley Shovel y sir George Rooke eran oficiales competentes, más que brillantes, y de ningún modo comparables con Nelson. Hubo bloqueo de las costas francesas, tal como Collingwood lo hubiera entendido, y los intentos británicos para establecer contacto con los hugonotes fueron triste fracaso. Galway dirigió sus operaciones con un supremo desprecio por las consideraciones navales y marítimas. Se permitió ser empujado por

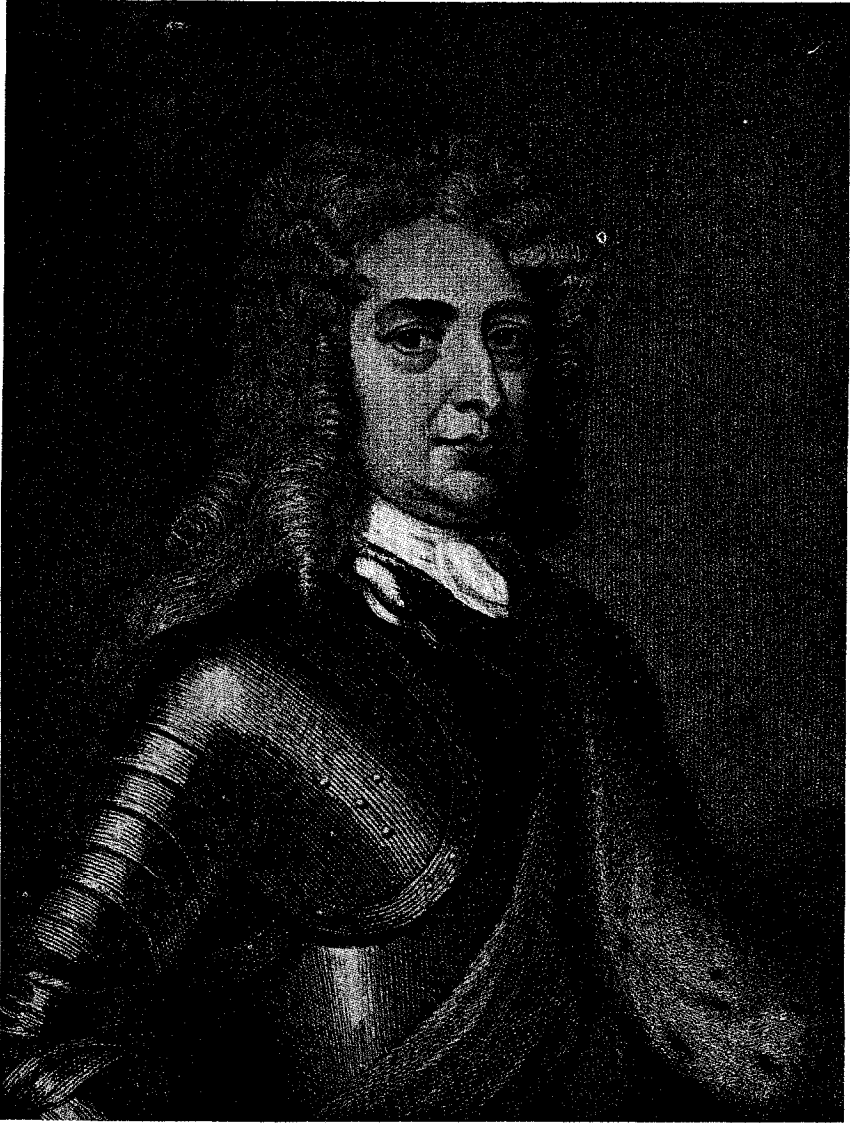
Berwick al este de España, y aunque ésto no importaba mucho a las Dos Coronas, cuya base era Castilla, alargó enormemente las líneas de comunicaciones anglo-portuguesas. Todo lo necesario tenía que ser enviado por mar desde Inglaterra, y cuando Barcelona y Valencia sustituyeron a Lisboa como puertos de desembarque, el esfuerzo impuesto a los barcos ingleses y holandeses se aumentó considerablemente, porque el tiempo requerido para llevar refuerzos y suministros a Cataluña era mucho mayor que en el caso de Portugal. En cuanto a los holandeses, uno de los resultados de la guerra fué reducirlos a segundo o tercer orden como potencia naval, un descenso que en modo alguno fué desagradable para sus aliados británicos. Hasta cierto punto, la culpa del poco empleo que hicieron los ingleses de su poder naval debe achacársele a Marlborough, que parece haber tenido poco conocimiento o interés en el mar y las cosas con él relacionadas.

Todo lo contrario ocurrió en la Guerra de Independencia, durante la cual los franceses llevaron a cabo repetidos esfuerzos para arrancar el dominio de los mares de manos de Inglaterra, y ésta a su vez intentaba bloquear los países que reconocían al Emperador francés. Según el almirante Mahan, «los soldados imperiales se convirtieron en guardas de costas para aislar a gran Bretaña de sus mercados, y los buques británicos se transformaron también en guardacostas para impedir el comercio con Francia». Wellington utilizaba el dominio del mar que ejercía su país para apoyar sus operaciones terrestres y las de sus aliados. La resistencia española al invasor en el Este y en el Noroeste se mantuvo viva gracias en gran parte al auxilio de la Armada británica; la fortaleza de las líneas de Torres Vedras radicaba en el hecho de que no podían ser envueltas porque su flanco descansaba en el mar; mientras que el acortamiento de las comunicaciones marítimas de Wellington en 1813—en marcado contraste con el alargamiento de las de Galway en 1706-7, por el traslado de su base de Lisboa a Santander—ayudó materialmente a la derrota definitiva de Sout.

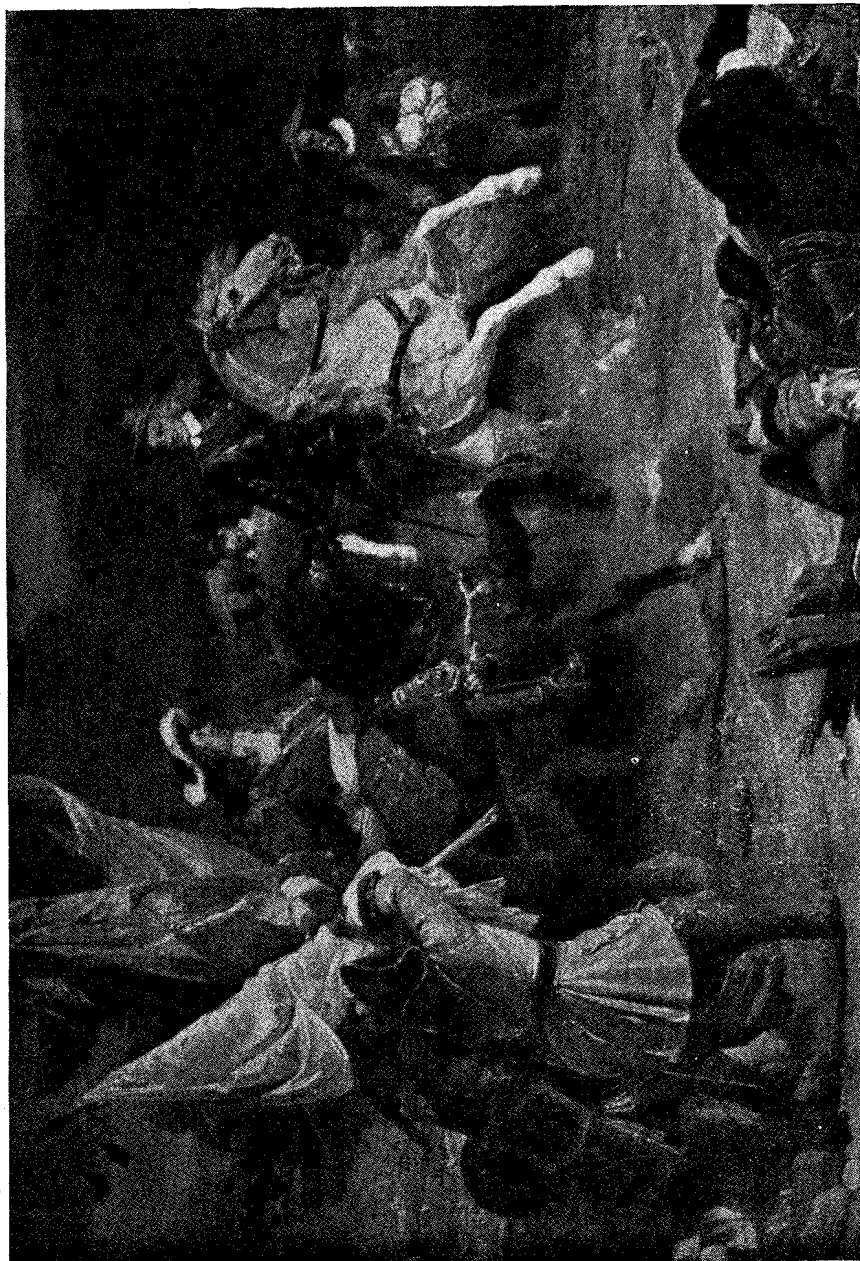
Pasando de la estrategia a la táctica, Marlborough demostró una superioridad mucho mayor en el empleo que él hizo de su caballería. Aunque muy aficionado a la caza, Wellington era un jinete extremadamente malo, mientras que Churchill parece haberse hallado a sus anchas en la silla. Debe recordarse, sin embargo, que, excepto para las misiones de reconocimiento, la caballería británica no era particularmente buena, y hasta las últimas jornadas de la Guerra de Indepen-

dencia fué relativamente débil. Nadie puso en duda el valor de los oficiales o de la tropa, pero ambos eran propensos a irse de la mano después de una carga, y desgraciadamente debe admitirse que la inmensa mayoría de los oficiales de la caballería británica no parecen haber estado especialmente capacitados. Un incidente que ilustra lo que antecede es lo ocurrido en Maguilla, el 11 de junio de 1812, donde la Brigada Pesada de Slade (formada por el 1.º de Reales y el 3.º de Dragones de la Guardia), se encontró con la Brigada Francesa de L'Allemand (17º y 27º de Dragones). Cada uno formó para el combate, pero L'Allemand había colocado un escuadrón en reserva, oculto más allá del horizonte. Slade cargó, batió los cinco escuadrones que se le oponían directamente, y a continuación (sin reagruparse o constituir reserva alguna) galopó en completo desorden durante una milla tras de la deshecha Brigada francesa, hasta que llegó a la altura del desapercibido escuadrón, el cual le cargó de flanco y por retaguardia; el resto de los franceses se detuvieron y volvieron sobre sus pasos; Slade no pudo resistir y fué derrotado, teniendo 40 bajas y dejando 118 prisioneros en manos de los franceses. Sobre esto comentó amargamente Wellington: «Nada me ha dejado más atónito que este asunto de Slade. Nuestros oficiales de caballería han adquirido la costumbre de galopar por todo. Nunca tienen en cuenta la situación, nunca piensan en maniobrar ante el enemigo, y nunca mantienen o preveen lo necesario para una reserva».

Que este no era un mero juicio circunstancial lo prueba el hecho de que doce años después de terminarse la guerra, esto es, en julio de 1826, Wellington escribió a lord John Russell: «Consideraba a nuestra caballería tan inferior a la francesa, por falta de disciplina, que aunque creía que uno de nuestros escuadrones podía hacer frente a dos franceses, no me interesaba, sin embargo, ver cuatro británicos contra cuatro franceses, y menos aún a medida que el número aumentaba, y la disciplina (desde luego) se hacía más necesaria». La caballería británica, además, dominaba mal sus caballos, pero debe admitirse que Wellington se esforzó poco para mejorarla en este aspecto. Al mismo tiempo, la guerra en España propendió a ser muy dura para los caballos, y no era fácil conseguir reemplazarlos, como también les ocurrió a los franceses. En comparación, Marlborough tenía la ventaja de poder contar en no pequeño grado con la caballería de sus aliados para subsanar cualquier deficiencia por parte de la suya, mientras que un siglo más tarde el caballo español, por razones varias, era casi inexistente, aunque un regimien-



John Churchill, duque de Marlborough (1650-1722). -
(Grabado que figura en la obra *History of the Nations*; volumen IV;
Hutchinson y Co; Londres, s. a.)



to de caballería—el de Lanceros del Rey—se distinguió por una oportuna carga en Talavera de la Reina.

Por ser esto cierto, no es de extrañar en modo alguno que sir William Napier escribiera que «la persecución enérgica de un enemigo derrotado no era una característica de la guerra de Lord Wellington»; mientras que sir Carles Oman fué aún más explícito sobre el asunto cuando dijo: «No hay que ocultar el hecho de que la repugnancia de Wellington al empleo de grandes ataques de caballería fué, en el fondo, debida a sus dudas sobre la pericia táctica de sus oficiales más antiguos y de la capacidad de maniobrar de sus regimientos». Marlborough tuvo un tipo distinto de dificultad con que luchar cuando se presentaba el caso del aprovechamiento de una victoria, particularmente en lo que se refería a la lucha en los Países Bajos. Su época fué la de Vauban, y Holanda estaba llena de ciudades fortificadas, dentro de las cuales podía retirarse un ejército derrotado y que sólo podían ser conquistadas después de un sitio regular. Ninguna crítica puede hacerse de la forma en que aprovechó su victoria de Blenheim, donde no jugaron estas circunstancias. En otros lugares, las fortificaciones estilo Vauban y la influencia restrictiva de los comisionados holandeses impedía cualquier tentativa de explotación de la victoria al estilo napoleónico.

Si existieron muchas diferencias entre la Guerra de Sucesión y la de Independencia, especialmente en lo que se refiere a la lucha en la misma España, también existieron muchas analogías. Así, por ejemplo, con las dificultades nacidas del mal estado de los caminos. Berwick había dado instrucciones desde el principio para que los suministros se trajeran en carretas «al modo francés», pero las carretas se rompían, y en consecuencia los suministros raramente llegaban a su debido tiempo o en cantidad suficiente. Como si esto no fuera bastante, los contratistas intentaban aumentar sus beneficios no cociendo el pan adecuadamente, así que éste se estropeaba más pronto. Había que contar después con las dificultades del pienso, respecto a las cuales Berwick admite francamente que él y los oficiales franceses tuvieron gran parte de culpa «por no haber confiado en la gante del país, quienes nos aseguraron que era absolutamente necesario dar cebada a los caballos españoles, sin lo cual morirían. En otros países estábamos acostumbrados a alimentar las caballerías con el pienso que encontrábamos en el terreno».

Las dificultades de Wellington fueron del mismo tipo, porque no existe prueba de que cuando las autoridades militares británicas le

enviaron a España hubieran intentado siquiera aprender las lecciones de la Guerra de Sucesión. El transporte estaba desatendido casi por completo; solamente las tropas procedentes de Cork, que en principio estuvieron destinadas a Venezuela, disponían de tren militar, y el que la tropa estuviera provista de algunos caballos y vehículos se debió a la previsión de Wellington, que a última hora obtuvo permiso en Londres para llevar con él dos compañías del Royal Irish Corps of Wagoners (1). «Confieso—escribía—que no comprendo los principios sobre los que están constituidas nuestras instituciones militares, pues cuando se envían al exterior grandes unidades para llevar a cabo servicios importantes y difíciles, no se les dota de aquellos medios que necesitan, tales como caballos para arrastrar la artillería y conductores afectos a la administración militar». Tal como estaban las cosas, tuvo que dejar atrás, cuando desembarcó en 1808, algunos de sus cañones y la mitad de su pequeña fuerza de caballería, porque el Ministerio de la Guerra creía que lo mismo los caballos de tiro que los de silla se podrían conseguir fácilmente en Portugal.

Pocos intentos serios se llevaron a cabo en la Guerra de Sucesión por uno u otro lado para aprovechar cualquier descontento que pudiera existir en el país enemigo. No hubo nada comparable con la larga y amarga lucha que los franceses consiguieron mantener viva en Irlanda en 1689-91. Los británicos hicieron uno o dos pequeños esfuerzos para producir un levantamiento de los hugonotes en Francia, y los franceses incitaron a los húngaros para poner dificultades al Emperador y a los jacobitas escoceses para que se levantaran contra la reina Ana, pero el desarrollo de la lucha no fué afectado realmente por estas actividades. La época de las ideologías religiosas había pasado, y la de las ideologías políticas no había surgido aún, así es que no era fácil para el extranjero explotar las disensiones internas en cualquier país, a menos que no estuviese en juego alguna sucesión dinástica.

La evidente excepción de esta afirmación fué el curso de los acontecimientos en España, pero no es fácil decir si los mantenedores de la causa de los Habsburgo se hubieran levantado contra Felipe en todo caso.

De todos modos, se necesitó una gran presión para inducir a los catalanes a tomar las armas en el primer momento. En 1704 una flota

(1) Real Cuerpo de Tren Irlandés.

inglesa al mando de sir George Rooke se hizo a la mar en Lisboa con el Príncipe de Hesse-Darmstadt, que había gobernado Cataluña en el reinado de Carlos II, y cuatro mil hombres a bordo, y atacó Barcelona, pero sin éxito, porque por entonces los catalanes no se mostraban dispuestos a abrazar la causa del Archiduque Carlos. En el siguiente año, las órdenes del gobierno británico a lord Peterborough y sir Cloudesley fueron «animar a los catalanes para que pidan su libertad con más energía», mientras que los comandantes británicos fueron también «facultados para asegurarles el apoyo de la Reina, y prometerles en nombre de ella que les conseguirían del Rey de España una confirmación de sus derechos y privilegios». Sin embargo, este guante de terciopelo escondía una mano de acero, porque «en caso de que los catalanes no correspondan adecuadamente a estos amables ofrecimientos, el Almirante tenía instrucciones para hostilizar las poblaciones de la costa de España y tomarlas por la fuerza». Con esto los catalanes se levantaron contra los Borbones a su debido tiempo, posiblemente porque consideraron ser éste el mal menor, ya que ellos nunca habían demostrado mucho entusiasmo por la Casa de Austria cuando ésta ocupaba el trono de España. Por lo que personalmente se refería al Archiduque, la actitud de ellos podía quizás compararse con la de los golfillos callejeros de Madrid, los que, cuando Galway y Das Minas entraron en la ciudad, vitoreaban a las tropas anglo-portuguesas, gritando: «Viva Carlos III, mientras dure el echarnos dinero».

Es cierto que los catalanes nada ganaron abrazando la causa de los Habsburgo en esta ocasión. Las Grandes Potencias tienen la costumbre de olvidar sus obligaciones para con aquellos que se han levantado en su favor, y cuando viene la paz, muy a menudo son abandonados para que se defiendan por sí mismos. En el presente caso, los catalanes no fueron una excepción, porque en el curso natural de los acontecimientos su ardor se hizo inconveniente a la política británica, del mismo modo que antes le habían sido útil. La reina Ana manifestó al fin por pura fórmula que «ella interpondría sus buenos oficios para obtener los privilegios de Cataluña y Mallorca» y en el tratado firmado con Francia en Utrecht se estipuló que al evacuarse aquellas plazas por la fuerza del Archiduque se concedería una amnistía por Felipe V, pero nada de esto se mencionó en el convenio entre Inglaterra y España. En realidad Bolingbroke escribió a los representantes británicos en Utrecht que «no está en el interés mantener las libertades catalanas». En estas circunstancias, los catalanes fueron ex-

tremadamente afortunados de que su conquistador hubiera sido un hombre del temperamento humano del Mariscal Duque de Berwick.

Era éste muy diestro en la conquista de las ciudades, y su toma de Niza en 1705 fué operación tan hábil que Luis XIV le hizo Mariscal de Francia en guisa de agradecimiento. La toma de Barcelona resultó más difícil, por la desesperada resistencia de sus habitantes, pero cayó al fin. Es también digno de notarse que cuando, en la guerra entre España y Francia en 1719, Berwick puso sitio a San Sebastián, tomó la plaza sin mucha dificultad, mientras que noventa y cuatro años más tarde Napier escribió acerca de su sitio por Wellington: «San Sebastián, una fortaleza de tercer orden y en malas condiciones al ser sitiada, resistió a un ejército sitiador, en posesión de un enorme tren de artillería, durante sesenta y tres días».

Parece igualmente que entre las fuerzas regulares de ambos bandos y en ambas guerras se observaron los convenios; cuán seriamente lo fueron en la Guerra de Sucesión, lo ilustra bien el incidente de las guarniciones de los Habsburgo en Játiva y Alcira, que se rindieron a las fuerzas de las Dos Coronas a finales de la primavera de 1707. Estas guarniciones habían depuesto sus armas a condición de ser llevadas a Cataluña, y lo que sobrevino, se explica mejor en las propias palabras de Berwick: «Los generales del enemigo se quejaron ruidosamente, y amenazaron con represalias por parte del Duque de Marlborough en Flandes, a cuenta de hacer marchar parte de las guarniciones de Játiva y Alcira, formadas por mil quinientos hombres, a través de un camino desviado en vez de hacerlas entrar en Cataluña por el atajo más corto. Teníamos derecho a enviarlas por el camino que nos gustase, ya que nada en contra había sido estipulado en las capitulaciones; hasta podríamos haberlas considerado prisioneras, porque varios de los oficiales y soldados se escaparon a las montañas de Valencia y se unieron a los miqueletes, que nos molestaron mucho, lo que es contrario a todas las reglas de la guerra».

No fué esta la única ocasión en que Berwick fué molestado por las actividades de los miqueletes, porque cuando puso sitio a Barcelona en 1714 se vió obligado a apostar quince batallones de infantería y treinta escuadrones de caballería entre Tarragona, Igualada y la llanura de Vich, con objeto de asegurar sus líneas de comunicaciones. En el resto de España no tuvo molestias por este motivo, porque la inmensa mayoría de la población apoyaba firmemente a los Borbones. El Noroeste, las Castillas y Extremadura se declararon por Felipe

y en contra de su rival austríaco, que vino a pretender su misión a la cabeza de un ejército formado principalmente por sus antiguos enemigos portugueses, protestantes extranjeros y separatistas catalanes. La energía un tanto inesperada del rey para mantener su corona ante el reto pulsó también una cuerda simpática en el corazón de su pueblo, que así le conoció por *El Animoso*. Citando una vez más a Berwick, «Andalucía... hacía maravillas por el Rey de España: esa provincia reclutó cuatro mil jinetes y catorce mil infantes. También las gentes de las dos Castillas enviaron diputaciones de todas partes para asegurar a su Majestad Católica su celo y fidelidad, prometiendo que a la primera indicación tomarían las armas y caerían sobre el enemigo. En efecto, mataban a todos los rezagados de sus ejércitos, y detenían a todos los correos, por cuyo medio yo estaba informado de antemano de todos sus propósitos... Los habitantes de La Mancha se pusieron en campaña al mismo tiempo y tomaron los pasos del Tajo para impedir al enemigo que pasara a su lado».

El valor militar de este movimiento era inapreciable. Significaba que fuera de Cataluña y Aragón, los ejércitos del Archiduque sólo eran dueños en segura posesión del territorio en el que acampaban, mientras que sus comunicaciones estaban amenazadas por todas partes. Apenas se había enviado un mensaje, cuando ya era conocido por Berwick, y si alguna vez hubo un general que supiese crear un sistema de información militar fué él; en ésto resultó ser el auténtico precursor de Wellington, para quienes los guerrilleros fueron sus ojos y oídos. Las crecientes dificultades con que tuvieron que enfrentarse los generales del Archiduque fueron realmente las mismas con que tuvieron que encararse los de Napoleón un siglo después.

La batalla de Almansa es un excelente ejemplo de lo que ocurría cuando fallaba la información militar. El ejército anglo-portugués, a cuyo mando iban el Conde de Galway y el Marqués de Das Minas, deseaba entablar batalla con Berwick antes de que se le uniese el Duque de Orleans a la cabeza de una fuerza considerable. La fiera hostilidad de la gente de Murcia hacia el Archiduque y su causa impidió a Galway y a Das Minas obtener la información satisfactoria respecto a los movimientos de sus enemigos, y cuando supieron que Orleans no se había reunido todavía con Berwick, pero que lo haría pronto, llegaron a la conclusión de que los refuerzos franceses tampoco habían llegado, y determinaron atacar antes de que se llevase a cabo la unión de los dos ejércitos borbónicos, aunque en realidad la unión ya había tenido lugar. De acuerdo con ello avanzaron dentro

de la llanura frente a la ciudad de Almansa, donde encontraron a Berwick esperándoles con un ejército considerablemente superior al suyo. Lo que siguió es conocido de todos, pero victorias tales como la de Almansa y la de Arapiles demuestran el valor de una información militar exacta y al día para generales como Berwick y Wellington, que tenían la habilidad de sacarle provecho.

El hecho es que Gran Bretaña y el Imperio cometieron en la Guerra de Sucesión el mismo error que cometió Napoleón en la Guerra de Independencia, y fué que intentaron imponer a España un monarca que ésta no quería. Los relativos méritos de Felipe V y el Archiduque Carlos, y los de Fernando VII y José Bonaparte influían poco en el asunto. Una campaña o dos bastaron para demostrar que los españoles del siglo XVIII no querían al Habsburgo, lo mismo que sus descendientes no querían al Bonaparte, y en cada caso hubiera sido mucho más provechoso para el respectivo sostenedor, es decir Inglaterra en un caso y Francia en el otro, haber retirado sus fuerzas de España mientras se hallaba todavía en posición de hacerlo sin excesiva pérdida de prestigio. El Profesor Trevelyan ha expresado esta visión muy vigorosamente. «Los inhumanos horrores de la guerra de España —escribe—, tales como fueron representados un siglo más tarde por la pintura de Goya, fueron, en esta época anterior, arrosados por nuestros soldados en una lucha inútil, continuada mucho después del resultado decidido en 1706. Muertos de hambre, cuando no enfermos, debido al alimento y bebida extraños; sin preparar y mal equipados para un clima semi-africano; mal pagados, odiados, acechados, asesinados, destrozados, los ingleses continuaron la horrible lucha; viviendo miserablemente e infligiendo miseria, sin la más remota probabilidad de éxito. La guerra en la Península vino a costar a Inglaterra casi tanto por año como la guerra en Flandes. El que Marlborough insistiese durante tantos años en el sostenimiento de la guerra de España, sin dedicar seriamente su atención a las condiciones locales del problema, es el peor borrón sobre su escudo de armas, como gran capitán de Inglaterra». Todas las razones del Profesor Trevelyan son aplicables a Napoleón con la misma fuerza.

En realidad, la Guerra de Sucesión en España no fué sólo una guerra, sino dos, de las cuales una se hizo en Flandes, Alemania e Italia, y la otra en España. La primera de éstas se llevó a cabo por el Emperador, los ingleses y los holandeses, para impedir a Luis XIV la dominación de los Países Bajos y el Imperio; esta guerra se ganó

realmente por los Aliados en Blenheim, y su victoria se consolidó en Ramillies y Oudenarde. Y por lo que hace a la segunda, su objeto fué impedir el ascenso al trono de España del nieto de Luis XIV.; esta guerra se perdió por los Aliados en Almansa, y la pérdida se confirmó en Brihuega. Nada ocurrió durante la última parte del conflicto que echase abajo estos veredictos, pero no obstante, la lucha continuó durante años, y los tratados de Utrecht, Rastadt y Baden no se firmaron hasta 1713.

Finalmente el estudio de la Guerra de Sucesión en conexión con la Guerra de Independencia no puede dejar de sacar a la luz muchas lecciones que están expuestas a ser pasadas por alto cuando se considera aisladamente.